

## **LA MAGIA DE PERÚ PARA APROVECHAR LAS NUEVAS OPORTUNIDADES**

(Se sugiere seguir el relato teniendo presentes las fotos del sitio

<https://picasaweb.google.com/101869182921061182091/100521JaenTarapoto>)

Venía de cruzar la frontera Ecuador-Perú por un lugar singular donde la formalidad aduanera se reduce a una mesa destartalada en una casita de adobe y un policía desenfadado que tomó la opción de pasarlo bien en el feo trámite del paso fronterizo.

Tras el trámite de salida de Ecuador se bordea por el costado la caña de bambú con una piedra atada como contrapeso que hace de veces de línea fronteriza. Se desliza la maleta apoyada en sus ruedillas atravesando el puente sobre el río Chinchipe y se llega al lado peruano donde reciben de igual modo. Sello de entrada y ya se está legalmente en el otro país sin colas, sin rigores protocolarios ni preguntas molestas.

Tras llegar a San Ignacio y cambiar el colectivo (taxi que se toma entre varios para abaratar el coste) por una combi (pequeño bus de precio reducido a base de meter clientes "acomodados como sardinas en latas", literalmente), llegué a Jaén en unas dos horas bajando paralelo al río Chinchipe. Este río y el Utcubamba son los primeros que alimentan al río Marañón, por su izquierda y derecha respectivamente, a su llegada al ámbito amazónico y justo antes del pongo de Rentema, el primero de cuatro importantes pongos a los que se debe enfrentar el río, el mismo que 5 siglos antes un caballero español llamado Aguirre dejó un reguero de fechorías y atrocidades dignas de leer.

Fue justo al llegar a Jaén cuando supe de la mala noticia de que "no había pase" en dirección a Tarapoto pues el día 19 (mayo de 2010) hubo un terremoto de 6,4 grados de magnitud que sacudió la provincia de Bagua Grande en la región Amazonas, en la selva norte de Perú. Un tramo de

700 metros (más tarde mi GPS calculó unos 1000 metros) de la carretera que une Pedro Ruiz con Bagua Grande quedó destrozada sin posibilidad de paso a la altura del pueblito de Aserradero, a escasos metros por donde pasa el río Utcubamba. Esto afectó fuertemente a la mucha movilidad que se da entre la selva y la costa y viceversa cuando no hay otra alternativa de paso salvo penosas carreteras andinas de tierra afirmada que multiplica el kilometraje y triplica el tiempo de llegada. Para mayor facilidad de lectura, y escritura, llamo lugar X al sitio donde la carretera quedó malograda.

El día 20 fue de espera tensa. La prensa hablaba de que el arreglo eventual de la zona para habilitar el paso llevaría unos cuatro días. Sin embargo, los del hotel contra todo pronóstico me comunican al día siguiente que ya había pase. Fiel a mi criterio básico de aventurero empedernido de tomar sobre cualquier asunto información como menos de tres fuentes independientes (mejor si no están afectadas por los hechos), tomé un mototaxi (moto de tres ruedas con espacio habilitado para sentarse el cliente que están omnipresentes en zonas llanas como son estas de selva o de seja de selva) y me dirigí al terminal.

Allí indicaron que no hay pase pero que sería mejor informarme en otro terminal más específico de la zona (las ciudades peruanas suelen tener tantos terminales como direcciones de carreteras, tantos más cuanto mayor sea la ciudad). Los mototaxis hacen de enlace entre el alojamiento y la terminal específica. En el terminal que hacia salidas para Bagua, me informó el conductor de un colectivo que "hay pase pero por tramos". Poco después tuve ocasión de vivir lo duro que era eso de "pase por tramos". Más que justificado por un estilo de vida donde nada es fácil, Perú es el país que mejor sabe aprovechar las nuevas oportunidades que surgen cuando aparece algún evento excepcional.

Una vez que el taxi llenó sus asientos (lo usual es poner a dos clientes al lado del conductor y cuatro atrás, sin descartar los que quieran viajar junto a los bultos del maletero) salió para Bagua, no sin antes desviarse para amablemente coger mis maletas que quedaron esperando en el hotel.

Sentía cierta sensación de desamparo al pensar en esa travesía por tramos cargando con maleta, mochila y la bolsa de rafia con comida para momentos donde uno no sabe donde va a acabar. Imaginaba cambiar una y otra vez de transporte en medio de cualquier sitio cargando una y otra vez con los bultos pero la realidad se encargó de mostrar que mis temores quedaban más bien cortos.

Ya sabía de la existencia de Bagua Grande tres años antes por el mapa de carreteras cuando viniendo de Tarapoto por fiestas nacionales quedamos anclados en Pedro Ruiz sin posibilidad de llegar a Bagua Grande por falta de movilidad. "En estas fiestas apenas hay movilidad" era el argumento que esgrimían las agencias de autobuses cuando pareciera que debería ser justo al revés. Siguiendo el mapa se me ocurrió, lo que después se vió como un disparate extravagante, continuar el viaje por Chachapoyas y Leymebamba en dirección a Celendín y Cajamarca, pero esa es otra aventura.

Por eso cuando llegué por fin a Bagua Grande sentí la felicidad de quién por fin llega a un sitio deseado. No tuve mucho tiempo para disfrutar la nueva ciudad, ni para regodearme del momento, más aún cuando durante más de un buen número de kilómetros viajé paralelo al río Marañón que hasta hubo puente para pasar por encima de él. El infame conductor ni siquiera nos llevó al terminar donde sale la movilidad para el lugar X aludiendo que aquel era su terminal y que para ir al otro se debía tomar un mototaxi.

Ya en el otro terminal, pensé que por fin un segundo colectivo llevaría al lugar X. Nada de eso. Fueron pocos los kilómetros cubiertos cuando un bullicioso gentío mezclado

entre mototaxis y combis no dejaba pasar a nuestro vehículo. Nunca llegué a entender muy bien qué sucedía, pero es como si ante un evento que da oportunidad a ganar algo más de platita, se creara compartimentos estancos por tramos de carretera para que la movilidad de cada zona pudiera sacar provecho de la ocasión.

Así, el terremoto se convertía de este modo en una especie de pequeña lotería ocasional donde cada cual veía el modo de poder sacar algo de provecho. Quizá porque se siente abandonado a su suerte por los que gobiernan, el peruano se cree con derecho, posiblemente legítimo, de aprovechar la ocasión que le brinda cualquier situación donde los demás se ven necesitados de "ayuda".

Tampoco el combi nos llevó al punto X. Algo que nos dimos claramente cuenta cuando paró a la entrada de un nuevo pueblo dejándonos abandonados a la suerte de un nuevo bullicio de gente mezclada entre autos, combis y taxis. A fin de captar clientes, el conductor de la nueva combi nos juró que saldría sin esperar nuevos clientes pero solo salió realmente ante la amenaza de tomar un mototaxi. Por fin parece que sí íbamos rumbo al punto X.

No hubo que recorrer mucho cuando una familia paró al combi para ocupar los asientos vacíos y no mucho más allá una señora enorme con grandes bultos también solicitó parada, algo a lo que, por muy lleno que esté el combi, el conductor, siempre accede "amablemente". Otra vez como sardinas en lata.

Me pareció algo absurdo la gran cantidad de comida con la que viajaba la gran señora: huevos cocidos, papitas rellenas, choclos, agua, refrescos, pancitos, etc., mucho más aún dada la precariedad del lugar donde íbamos. No hubo que esperar mucho para darme cuenta de mi equivocación. Cuando faltaba poco para llegar al punto X, una valla mal colocada por unos obreros mandados por la empresa que intentaba habilitar el paso, con chalecos color

naranja y cascos color amarillo como todo símbolo de autoridad, impedían el paso.

Al poco se formó una larga cola de mototaxis, combis y gente que salía de sus vehículos. Ante la espera que parecía hacerse eterna, a alguien se le ocurrió pedir a la señora unos huevitos sancochados con papas y a partir de ahí se armó una algarabía culinaria donde poco quedaron sin comprar algo intentando saciar al menos su estómago a falta de lograr su propósito de llegar por el punto X.

La ociosidad de la espera llevó a algunos a presionar a los obreros cortando el paso a los camiones de la empresa que trataban de salir o entrar a la vez que se amedrantaba a los obreros que cortaban el paso. Estaba clara las razones de la presión: si los obreros no nos dejaban entrar, el pueblo unido tampoco dejaba salir los camiones. Una lógica evidente. Unos se acercaban ironizando o bromeando pero otros eran más duros presionando a los obreros que hacían de policías eventuales.

Una hora y algo más después, sin saber quién dio orden, pero propagándose como un rayo por toda la cola, salimos todos a velocidad de vértigo hacia el punto X. Como no había vehículos en dirección contraria, aquello parecía una carrera dislocada de combis y mototaxis que a toda velocidad y sin orden ni control recortábamos la distancia que restaba.

Pero no llegamos aún al punto X. De nuevo una nueva tranca formada por un gentío que no se sabía bien a qué bando pertenecía paraban a toda movilidad que llegara a la entrada del pueblo de Aserradero. Gente al parecer de pueblos circundantes habían venido para "ayudar" por unos pocos soles a transportar los bultos a la otra parte del pueblo, subirlos por la parte *desbastada* por el terremoto hasta la otra parte donde esperaba la movilidad, en este caso perteneciente a Pedro Ruiz.

Sin pedirlo y sin saber muy bien cómo, amablemente un porteador tomó mis bultos y se los echó a la espalda a la vez que negociaba conmigo un precio por el servicio. Me ví casi corriendo detrás del hombre con el fin de que no se separara mucho con mis pertenencias.

Tampoco en esta ocasión se pudo llegar al punto X. Un retén militar, por supuesto, ayudados de un vallado más contundente que el anterior, frenaba en seco y sin paliativos nuestra pretensión de pasar. A lo largo del pueblo se habían instalado vendedores de cualquier cosa pero sobre todo de comida criolla, a la vez que cada una de las casas de Aserradero se habían convertido en provisionales comedores y las que no lo hicieron parecieran que no estaban en la fiesta que ahora, a causa del terremoto, tocaba vivir.

La tensión de la espera, más de tres horas, incrementada por la ostentación de fuerza que solían hacer los militares formando de vez en cuando frente a la valla quizá para desmoralizar cualquier presión popular se sobrellevaba tomando los productos de la selva usuales de la zona: agua de coco, chicha de jora, refrescos de cocona y guayaba. Discretamente los porteadores, un poco más allá, esperaban el momento de hacer su trabajo. A pesar del gentío esperando en cola el momento para proseguir, se vivía cada momento sin mucho desespero.

Pasadas tres largas horas, apenas los militares permitieron el paso, la gente salió en desbandada como si quitar la valla supusiera un salto a la libertad. En realidad lo que uno se encontraba era una larga subida (más de un kilómetro) por una precaria carretera de tierra recién hecha pasando además por la trágica carretera asfaltada que había perdido su planitud y horizontalidad y brutalmente agrietada por las sacudidas sísmicas.

Por allí los porteadores iban tan rápidos que llegaban a distanciar más de lo prudente a la gente de sus pertenencias. A un ritmo endiablado, sudando y jadeando

se llegaba un kilómetro después a la zona donde esperaban multitud de mototaxis y otros tipos de movilidad. Casi de inmediato, como si ya los pasajes estuvieran asignados a sus asientos, la gente fue desapareciendo rápidamente en dirección a Pedro Ruiz.

Usando mi segundo criterio de aventurero, para tener más opciones de hacer buenas fotos, tomé el mototaxi que parecía más lento y viejito, incluso anidando la ilusión de una pequeña avería permitiera un tiempo extra para disfrutar más aún de los lugares de paso que parecían hermosos. En realidad el lugar estaba ubicado al inicio de un bello cañón creado por las inclementes aguas del río Utcubamba.

No había pasado mucho tiempo, justo en la parte más esplendida del cañón, donde se alcanzaba más amplitud entre las cimas rocosas y el fondo acuoso, donde se extendían hermosas praderas inclinadas llenas de verde, donde las nubes amenazantes de lluvia cubrían el poco cielo que se veía entre las crestas del cañón, cuando se cumplió la profecía: al mototaxi se le salió la cadena. No pasó un segundo cuando salté como un resorte anunciando que me adelantaba andando que más adelante me podían recoger.

Era la oportunidad soñada, un paseo por el majestuoso sitio natural sin más ruido que el rumor del río y sin más presencia que la mía. En medio de tan tamaño espacio anduve absorto haciendo fotos a diestra y siniestra.

Por el camino encontré una cascada, casitas al borde del camino, un viejo trapiche, el río Utcubamba abriéndose paso entre los roquedales y la espesa y dulce vegetación selvática, pero sobre todo me sobrecogía los impresionantes paredones de roca cubierta de un manto verde que se elevaban hacia el cielo.

El silencio sobrecogedor solo era rayado por el melodioso sonido del fondo acuoso y el cielo tupido de nubes

amenazando lluvia daba un tinte dramático al lugar que se iba paulatinamente acusando conforme se iba acercando el anochecer y empezaba a caer las primeras gotas.

Fue entonces cuando por el fondo de la carretera aparecieron algunas personas avanzando hacia mí y detrás de esas otras más. Ya a mi altura me preguntaron cuánto quedaba para llegar al punto X. A mí aquella pregunta me sorprendió sobre todo por la situación que se daba de que un extranjero tuviese que ser el que daba la información a los del lugar. En rápida estimación según el tiempo que funcionó el mototaxi les dije que unos 16 a 18 km (20km me dio después el GPS). Después la petición de información se reiteró por otros grupos que sin cesar iban cruzándose conmigo. Después pude comprobar con el GPS que ya llevaban unos 6 kilómetros andando con sus maletas.

Comencé a comprender mejor la situación cuando ví el tipo de paquetes que portaba la gente. Eran viajeros cuyos buses lo habían dejado en Pedro Ruiz en una situación semejante a la mía pero en sentido inverso. Empecé a preocuparme por la situación cuando comprendí que aquella gente le quedaba todavía un largo trecho con el agravante de la fina lluvia que ya caía y una luz que se iba menguando por momentos. Y comencé a sentirme peor cuando ví que entre la gente había personas mayores y niños.

Pobre gente, pensé, ¿nadie en Pedro Ruiz le ha informado del largo trecho que les queda hasta la zona dañada por el terremoto? ¿nadie les ha advertido de que aun avanzando rápido llegarían sobre media noche a un lugar donde hay grandes socavones sin luz para verlos? ¿nadie les adelantó que era probable que luviera?

Decidí entonces volver, no solo porque se hacía de noche y la llovizna en aumento aconsejaba buscar algún lugar donde protegerse, sino porque la situación de aquella gente me quitó las ganas de seguir echando fotos.

El éxtasis y la conmoción que me había producido el espectacular cañón del Utcubamba se fue tornando en melancólica tristeza por el futuro incierto de la gente que me acababa de cruzar ¿dónde pasarían la noche? Me repetía una y otra vez. Sin apenas sitios donde guarnecerse en poco tiempo quedarían empapados ¿cómo protegerían los padres a sus hijos de las inclemencias del lugar? ¿Qué serían de ellos? ¿acaso no había personal de Protección Civil o los mismos policías de tráfico?

Caí en la cuenta que estaba en Perú, ese lugar que comenzaba a conocer mejor tras varios años visitándolo a pie. Lo normal es que aquí la gente quede abandonada a su suerte cuando hay problemas como este. Lo normal es que los políticos solo se acuerdan de ellos en elecciones, para asuntos de impuestos o para ver el modo de sacar "platita extra" de algún proyecto para el "desarrollo del pueblo". Ni siquiera se les daba algo tan básico y barato como es información.

Cuando me acercaba de vuelta, a la altura de la última casita, por donde hay un puente que cruza el Utcubamba, ví que nuevamente el mototaxi estaba en posición de avería. Me informaron que tras avanzar unos kilómetros volvió a malograrse, esta vez de un modo más contundente. Al final el muchacho tomó la decisión de irse a Pedro Ruiz con algún conocido y volver con mejores herramientas y con la cadena mejor articulada, antes de irse nos pidió que le esperásemos en la casita que no tardaría mucho.

Mientras duraba la espera y presintiendo que esa noche nadie nos iba a sacar de aquel lugar, hablamos con el dueño de la casita sobre la posibilidad de pasar allí la noche y nos dijo que era posible pero habría que dormir con una manta en el suelo, algo que a esa altura me pareció una idea fantástica. A falta de algo mejor le compramos una gran papaya y algunos plátanos para cenar.

Poco después un fuerte aguacero cayó y en medio de él apareció empapado el muchacho de la moto con un amigo. Venían empapados en una moto. Rápidamente se pusieron a arreglar el mototaxi y de nuevo vieron la necesidad de volver a Pedro Ruiz pero para colmo de males también la moto se negó a arrancar.

Así que resignado y superado por la situación solo quedaba esperar el momento de tirarse en el suelo y dormir si fuera posible. De pronto alguien dijo "hay fuera un camión que está llevando a gente a Pedro Ruiz". Sin pensar que esa fuera la mejor opción, rápido como el rayo subimos al camión. No se me olvidará nunca el momento de la subida. A pesar de la poca luz, se veía allí gente de pie que en silencio se sujetaba a donde podía. La escena me hizo recordar los trenes llenos de judíos en las películas sobre el holocausto. Pero a pesar de todo, por fin se podría llegar a Pedro Ruiz, tomar un hotel y descansar tras el día aciago.

Eso fue imposible. Cuando las luces hacían intuir que ya quedaba muy poco para llegar, el camión paró en seco y el conductor dijo que hasta allí se podía llegar. Al bajar vimos que la carretera estaba invadida por un lodazal, posiblemente también a causa del terremoto, y un poco más allá, una especie de control de esos que se usan para pagar peaje.

Nuevamente gente dispuesta a ayudar apareció de la oscuridad mágicamente. En este caso los porteadores iban con carretillas para poder llevar el equipaje. Harto de tanta ayuda pasé los 200 metros de lodazal de cualquier modo y llegué al lado del peaje más cansado y deprimido por todo lo vivido que embadurnado de lodo. Aún quedaba más de un kilómetro para llegar a Pedro Ruiz.

Y fue que justo pasado el peaje se produjo el milagro del día. En medio de un típico bullicio peruano cuando se junta oferta y demanda en medio de esa tensión dialéctica que tanto he visto por acá y allá, voceros de buses repetían a

grito pelado y sin cesar los sitios a donde se dirigían, entre ellas el deseado: Tarapoto.

Casi sin pedirlo, me quitaron de las manos el peso de las maletas, las acondicionaron en la bodega, me subieron casi en volandas al bus, y unos instantes después estaba confortablemente instalado en un asiento-cama. Cerré los ojos, abandoné el peso del cuerpo que poco a poco se fue pegando al asiento y me dejé llevar, sin ni siquiera tener apenas fuerza para pensar que Perú es el país que mejor sabe aprovechar las nuevas oportunidades que surgen cuando aparece algún evento excepcional.